

HOMBRES DE NIEBLA

Tomas J. Reyes



HOMBRES DE NIEBLA

Tomas *J.* Reyes

Capítulo 1

HOMBRES DE NIEBLA

TOMÁS J. REYES

Registro de propiedad intelectual N°232.057

Primera edición en papel, noviembre del 2019

Diseño de portada: Máximo Jara Reyes

Derechos reservados.

HOMBRES DE NIEBLA

Tomás J. Reyes

A Carmen Gloria y a mis hijos dedico estos cuentos en miniatura, redactados en un rincón desértico de Santiago norte, con la secreta o no tan secreta intención de asaltar el universo.

PRÓLOGO

Las miniaturas son un agrado cuando las acompaña la eficacia y la emoción. Esos valores he querido alcanzar con las presentes piezas narrativas, que, como todo artefacto de relojería cuántica, quieren ser

perfectos y en eso basan su existencia. Sin embargo, no es mi tarea valorar la belleza o eficacia de lo que encuentre el lector en estas páginas, serán otros los que juzguen si se han logrado o no las pretensiones de cada relato. Lo que sí puedo asegurar, es que "lo esencial de lo narrativo" está presente tanto en los textos brevísimos, como en los más extendidos.

Los materiales utilizados para dar forma a este libro son de origen vario pinto y espurio, si se quiere. Los he recogido como quién recolecta frutos al azar por la campiña: conversaciones interesantes en una micro, algún sueño esclarecedor, pesadillas terribles, problemas familiares, recuerdos de infancia, deseos insatisfechos, algunas lecturas, en fin. Toda esa materia prima ha sido trabajada y acaso contaminada con las herramientas de las que se vale la ficción, lo que ha mutilado a veces y desmejorado otras, los hechos ocurridos en la realidad.

El contexto en el que se mueven los personajes podría corresponder a cualquier ciudad del Chile central, aunque, algunos cuentos aluden directamente a Talca o Santiago. Sin embargo, en más de una ocasión, la única patria de los relatos es el sueño o la pesadilla.

Quedan invitados entonces, a este viaje hacia el deseo, el amor, la envidia, la esperanza, el arrepentimiento, la sorpresa, el juego, la violencia y tantas otras sensaciones, emociones, sentimientos y actitudes humanas sugeridas o vividas en el presente volumen.

"No hay nada más misterioso que los restos de un barco hundido que se recorta en el horizonte, como una aparición". R. Piglia

EL VUELO DEL HAMBRE

Cayeron sus párpados por cansancio, o algo parecido al cansancio. Tenía un hambre inimaginable para el que no conoce la vida en la calle, aunque, no estaba seguro si era el hambre misma o el recuerdo de ella.

Quiso contar los días sin comer y no pudo. Su cuerpo comenzó a elevarse. Dirigió los ojos hacia la estatua de Pedro de Valdivia, su compañera de tantos años, pero no recibió ayuda, solo avistó las palomas revoloteando sobre las cornisas de la catedral. No quiso mirar hacia abajo, sin embargo, era la única manera de saber si levitaba con cuerpo y todo, o se había muerto.

TOMÁS J. REYES, Talca, Chile, 1966. Hizo estudios superiores en la Universidad de Talca. Ha publicado poesía, cuento y ensayo en revistas chilenas e internacionales. Es veterano de las luchas sociales y políticas de los años 80'. Vive en un antiguo convento. No participa en concursos literarios y no adhiere a grupos ni escuelas. Cree en la literatura como en un "rito solitario", un modo de acercarse al conocimiento de sí mismo y del mundo. A pesar de ello, ha sido finalista en varios certámenes importantes, sobre todo de cuento. Aparece en las antologías *Travesía por el río de las nieblas*, 2000; *Faluchos, treinta poetas maulinos*, 2003; *El lugar de la memoria*, 2007; *Poetas del siglo XXI*, 2012 y *Antología absoluta de la poesía chilena*, 2013. En 2016, publica, en España, *Sombras de papel*, su primera novela; en 2017, *Barrio hondo*, poemas; en 2018, *Hombres de niebla*, cuentos breves y, en 2019, *Killer contra killer*, novela.

Correo electrónico: tvrjara@gmail.com

Sitios Web: caudalesdelamemoria.jimdo.com

lacasadelpoetamuerto.simplesite.com

Capítulo 2

REFLEJOS

Nos fuimos con desconfianza al motel capricornio. Lo imaginábamos de tantas formas diferentes, que no sabíamos a cuál de ellas atendernos. Quisimos ver enseguida el salón, la piscina, el jacusi, las pantallas gigantes, pero nada nos entusiasmó hasta que llegamos a la pieza de los espejos. Allí nos abrazamos y volvió el deseo como rayo que ciega. Las razones las desconozco, aunque, creo, algún papel jugó el encanto de vernos multiplicados y el morbo de sentir tus caricias y mis caricias repetidas hasta el infinito.

Capítulo 3

LO QUE DICEN

Que protagonizó una fuga en pleno día de visita. Que corrió entre las filas de los familiares y los policías. Que no pudieron dispararle. Que llevaba el arma en la mano y apuntó al que se le cruzó por delante. Que era extremista, guerrillero y asaltante de bancos. Pero, no creo nada de lo que dicen, a pesar de los testigos que declararon en el tribunal y de las supuestas pruebas. Nunca más supe de él. He recibido cartas con su nombre en el remitente y una letra desconocida. Me han preguntado mil veces y no sé si mi hijo está exiliado al otro lado del mundo, o fue detenido y hecho desaparecer.

Capítulo 4

UNA VISITA INESPERADA

Me agarré una neumonía que me tuvo al borde de la muerte. Tenía poco más de cinco años. Recuerdo que apareció un pajarito picoteando contra el vidrio de la ventana. Al principio, me pareció entretenido y me sentaba en la cama a verlo trabajar y trabajar sin posibilidad de éxito.

—No te preocupes —dijo mamá, con una sonrisa que le comía la cara
—viene a jugar contigo.

Pero al cabo de unos días, su presencia me produjo un miedo hondo. Abrazaba mi peluche y me escondía entre las sábanas a esperar que se marchara. El sonido rítmico de su picoteo me hacía temblar. He intentado recordar el motivo de aquel terror infantil por décadas y, ahora, que estoy viejo y enfermo, creo saberlo. El pájaro ha vuelto a mi ventana y sé que no viene por casualidad. Sé, también, con toda la experiencia que acumulamos los viejos, que no se irá hasta llevarse mi último suspiro entre las alas.

Capítulo 5

EL GUARDIÁN

Descubrí a una niña jugando en el prado y la dejé. Mi trabajo como cuidador del edificio y sus jardines no lo permitía, pero me pareció tan frágil, tan dulce. La observé levantar una casita con pequeñas ramas, luego tomó un insecto para soplarlo desde su palma y acarició los pétalos de una rosa tan despacio, tan despacio, que la flor pareció encenderse con el roce de sus dedos.

No sé de donde me vino la idea o la intuición, pero pensé que aquella niña era el centro amoroso del mundo, una fuente de energía benigna para el universo y que corría gran peligro allí. Los adultos pasaban por las veredas cercanas, discutían con torpeza y la miraban de reojo, como si supieran lo que yo sabía y les pareciera lo peor. Creí que los energúmenos que fumaban en las esquinas y en los escaños, junto al parque, planeaban algo contra ella.

De pronto, dos de los fumadores se pusieron de pie y presentí que sería atacada. Entonces corrí hasta un rincón y disparé dos veces al aire para darle tiempo. Casi todos huyeron o se lanzaron al suelo, pero los asesinos, o los que yo identifiqué como asesinos, llegaron a mí, me increparon con odio y amenazaron con las siete penas del infierno. No les hice el menor caso. Busqué a la niña con la vista, la vi escabullirse hasta los brazos de la que parecía su madre y, en ese momento, solo en ese momento, respiré.

Capítulo 6

LA OFRENDA

*No tengo horror al peligro, sino
a su absoluto efecto: el terror.
E. A. Poe*

Carmela ofreció su vida por cambiar el destino de su hijo, en coma irreversible. Se afanó en recorrer arrodillada la parroquia San Francisco y rogar mil veces al Cristo redentor. Esa misma noche, soñó que una mano la guiaba por un sendero sin fin. Se abrían los abismos a ambos lados: a la izquierda, roca hirviente de volcán; a la derecha, un océano oscuro y furioso. No tuvo miedo, al contrario, flotaba de alegría, una alegría tan grande, que no tenía origen ni explicación.

No pudo recordar en qué terminó aquel sueño entre tétrico y maravilloso, tampoco quiso forzar la memoria, había cosas más importantes: enterarse de lo que le esperaba esa misma mañana en el hospital, por ejemplo. Puso el primer pie dentro y notó algo distinto en los muros: brillaban mucho más que de costumbre, su blancura hería los ojos y, en cierta forma, transformaba la realidad en una sustancia impoluta y ajena.

Estuvo a unos cuantos pasos de Raquel, la enfermera que cuidaba de su hijo. Le hizo señas, quiso saludarla, pero la mujer no se percató o no quiso contestar. "Algo grave le ocurrió a Pablito. Mi señor, Dios, no lo permita", pensó, y apuró el paso. Atravesar el hospital de norte a sur no era ni es tarea fácil, menos si uno se dirige al último pabellón, el de enfermos graves.

Le pareció que avanzaba con extrema lentitud, como si flotara y algo en la atmósfera la detuviera, algo esponjoso, que no toleraba el andar ligero. Reflejados en el ventanal, vio su bata amarilla y adentro, muy adentro, su cuerpo demasiado delgado para la estatura. Aunque, lo peor de su aspecto no era la delgadez, sino esas ojeras terribles, que, desde que le detectaron el tumor a Pablito, iban de mal en peor.

Pero, lo más llamativo del reflejo no era ella misma, sino el hombre con sombrero y pañuelo amarrado al cuello. Su cara le pareció conocida, aunque, no sabía de dónde. Tampoco quiso seguir ahondando en el asunto, había cosas más importantes, aquella pesadez rara en el cuerpo y en el ánimo, por ejemplo. «Es tan extraño todo: las personas y las cosas se ven cerca, al alcance de la mano, pero se sienten lejos, muy lejos», se

dijo.

Encontró a varios conocidos esperando turno para ver a sus enfermos. Los notó pálidos, como si se hubiesen contagiado del blanco mórbido de los muros. Quiso saludarles, pero no se dieron ni por enterados. «Como si supieran que algo malo le ha pasado a Pablito y quisieran huir o pretender que no voy pasando, digo, para no tener que repetir las típicas palabras: ayudándole a sentir u otra tontería de la misma calaña», pensó.

Por fin tuvo el pabellón a la vista. Giró la cabeza, el hombre del sombrero continuaba detrás. Pensó en detenerse, pedirle explicaciones, enfrentarlo de una vez, pero era más fuerte el deseo de ver a su hijo, besarle la frente, las manos, en fin, sentir su respiración.

Tocó la puerta con suavidad, pero no hubo respuesta. Abrió y se quedó largos segundos con las manos en la cara y sin dar crédito a lo que veía. Pablo, contra todo pronóstico, había salido del coma y estaba sentado en la cama. Tres médicos y, entre ellos, Vidal, el único que le dio esperanzas desde el principio, lo examinaban sorprendidos por el milagro. Según ellos, el cáncer al cerebro había entrado en su fase última y lo que ocurría ante sus ojos estaba fuera de toda posibilidad. Carmela se acercó, quería tocarlo, abrazarlo. Les habló a los médicos. Le puso la mano en la espalda a uno de ellos. El hombre se volvió sorprendido, pero luego siguió en lo suyo, como si no la hubiera visto.

—Pablito, mi niño, despertaste, mi vida —dijo con dulzura, pero el pequeño seguía con los ojos en un punto perdido del muro.

Los médicos le medían una y otra vez el pulso, la temperatura, observaban los indicadores de las máquinas y nombraban otros tantos exámenes por hacer. Carmela estiró la mano, le acarició el pelo, pero no parecía el pelo de Pablo. Lo sintió más seco, más duro, más... No encontraba el término, «más lejano», murmuró al fin. En ese instante, comprendió que Dios había aceptado el canje.

—Te has llevado mi vida y salvaste la del niño —dijo, como si le hablara a alguien arriba, detrás del cielo raso.

Improvisaba una oración cuando escuchó aquella voz, la voz más honda y terrible que jamás había oído. Miró hacia la puerta, el hombre del sombrero le llamaba con sonrisa maligna y atracción irresistible. Entonces, recordó el final del sueño, reconoció la cara de aquél que la víspera, guió sus pasos por el sendero soñado y la arrojó, sin piedad, al abismo de lava hirviente.